

# REPERTORIO DE POESÍAS

## PARA EL VIII CONCURSO DE RECITADO

**REPERTORIO DE POESÍAS PARA EL VIII CONCURSO DE RECITADO**  
**2017**

<b>1.</b>	La penitencia de Don Rodrigo. Anónimo.....	2
<b>2.</b>	Oda I Vida retirada. Fray Luis de León .....	4
<b>3.</b>	Tras un amoroso lance. San Juan de la Cruz .....	6
<b>4.</b>	Amarrado al duro banco (fragmento). Luis de Góngora y Argote.....	7
<b>5.</b>	Pura, encendida rosa. Francisco de Rioja .....	8
<b>6.</b>	Oda V de la primavera. Juan Meléndez Valdés .....	9
<b>7.</b>	La pesca en el mar. Gertrudis Gómez de Avellaneda .....	10
<b>8.</b>	Alma desnuda. Alfonsina Storni .....	11
<b>9.</b>	Dolor. Dámaso Alonso .....	12
<b>10.</b>	Filosofía. Juan Morales Rojas .....	14

## 1. LA PENITENCIA DE DON RODRIGO

Anónimo. Siglo (XIV-XV)

Después que el rey don Rodrigo  
a España perdido había,  
íbase desesperado  
por donde más le placía.  
Métese por las montañas  
las más espesas que vía,  
porque no le hallen los moros  
que en su seguimiento iban.  
Topado ha con un pastor  
que su ganado traía;  
díjole: - Dime, buen hombre,  
lo que preguntarte quería,  
¿si hay por aquí poblado  
o alguna casería  
donde pueda descansar,  
que gran fatiga traía?

El pastor respondió luego  
que en balde la buscaría,  
porque en todo aquel desierto  
sola una ermita había,  
donde estaba un ermitaño  
que hacía muy santa vida.  
El rey fue alegre desto  
por allí acabar su vida.  
Pidió al hombre que le diese  
de comer, si algo tenía;  
el pastor sacó un zurrón  
que siempre en él pan traía;  
dióle dél y de un tasajo  
que acaso allí echado había.

El pan era muy moreno,  
al rey muy mal le sabía;  
las lágrimas se le salen,  
detener no las podía  
acordándose en su tiempo  
los manjares que comía.  
Después que hubo descansado  
por la ermita le pedía;  
el pastor le enseñó luego  
por donde no erraría.  
El rey le dio una cadena  
y un anillo que traía:  
joyas son de gran valor  
que el rey en mucho tenía.

Comenzando a caminar,  
ya cerca el sol se ponía,  
llegado es a la ermita  
que el pastor dicho le había.  
Él, dando gracias a Dios,  
luego a rezar se metía;  
hombre es de autoridad,  
que bien se le parecía.  
Preguntóle el ermitaño  
cómo allí fue su venida;  
el rey, los ojos llorosos,  
aquesto le respondía:  
- El desdichado Rodrigo  
yo soy, que rey ser solía;  
véngome a hacer penitencia  
contigo en tu compañía;  
no recibas pesadumbre,  
por Dios y Santa María.

El ermitaño se espanta;  
por consolallo decía:  
- Vos cierto habeis elegido  
camino cual convenía  
para vuestra salvación,  
que Dios os perdonaría.  
El ermitaño ruega a Dios  
por si le revelaría  
la penitencia que diese  
al rey, que le convenía.  
Fuele luego revelado,  
de parte de Dios, un día,  
que le meta en una tumba  
con una culebra viva,  
y esto tome en penitencia  
por el mal que hecho había.

El ermitaño al rey,  
muy alegre se volvía;  
contóselo todo al rey  
cómo pasado le había.  
El rey, de esto muy gozoso,  
luego en obra lo ponía.  
Métes, como Dios manda,  
para allí acabar su vida;  
el ermitaño, muy santo,  
mírale al tercero día.

Dice: - ¿Cómo os va, buen rey?  
¿Vaos bien con la compañía?  
- Hasta ahora no me ha tocado  
porque Dios no lo quería;  
ruega por mí, ermitaño,  
porque acabe bien mi vida.

El ermitaño lloraba,  
gran compasión le tenía;  
comenzóle a consolar  
y esforzar cuanto podía.  
Después vuelve el ermitaño  
a ver ya si muerto había;  
halló que estaba rezando  
y que gemía y plañía.  
Preguntóle cómo estaba:  
- Dios es en la ayuda mía  
- respondió el buen rey Rodrigo -,  
la culebra me comía;  
cómeme ya por la parte  
que todo lo merecía,  
por donde fue el principio  
de la mi muy gran desdicha.

El ermitaño lo esfuerza,  
el buen rey allí moría.  
Aquí acabó el rey Rodrigo,  
al cielo derecho se iba.

## 2. ODA I VIDA RETIRADA

Fray Luis de León (1527/28-1591)

¡Qué descansada vida  
la del que huye del mundanal ruido,  
y sigue la escondida  
senda, por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido;

Que no le enturbia el pecho  
de los soberbios grandes el estado,  
ni del dorado techo  
se admira, fabricado  
del sabio Moro, en jaspe sustentado!

No cura si la fama  
canta con voz su nombre pregonera,  
ni cura si encarama  
la lengua lisonjera  
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento  
si soy del vano dedo señalado;  
si, en busca deste viento,  
ando desalentado  
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río!  
¡Oh secreto seguro, deleitoso!  
Roto casi el navío,  
a vuestro almo reposo  
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,  
un día puro, alegre, libre quiero;  
no quiero ver el ceño  
vanamente severo  
de a quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves  
con su cantar sabroso no aprendido;  
no los cuidados graves  
de que es siempre seguido  
el que al ajeno arbitrio está atendido.

Vivir quiero conmigo,  
gozar quiero del bien que debo al cielo,  
a solas, sin testigo,  
libre de amor, de celo,  
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera,  
por mi mano plantado tengo un huerto,  
que con la primavera  
de bella flor cubierto  
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa  
por ver y acrecentar su hermosura,  
desde la cumbre airosa  
una fontana pura  
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,  
el paso entre los árboles torciendo,  
el suelo de pasada  
de verdura vistiendo  
y con diversas flores va esparciendo.

El aire del huerto orea  
y ofrece mil olores al sentido;  
los árboles menea  
con un manso ruido  
que del oro y del cetro pone olvido.

Téngase su tesoro  
los que de un falso leño se confían;  
no es mío ver el lloro  
de los que desconfían  
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena  
cruje, y en ciega noche el claro día  
se torna, al cielo suena  
confusa vocería,  
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla  
mesa de amable paz bien abastada  
me basta, y la vajilla,  
de fino oro labrada  
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-  
mente se están los otros abrazando  
con sed insaciable  
del peligroso mando,  
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,  
de hiedra y lauro eterno coronado,  
puesto el atento oído  
al son dulce, acordado,  
del plectro sabiamente meneado.

### **3. TRAS UN AMOROSO LANCE**

San Juan de la Cruz (1542-1591)

Tras de un amoroso lance,  
y no de esperanza falto,  
volé tan alto, tan alto,  
que le di a la caza alcance.

Para que yo alcance diese  
a aqueste lance divino,  
tanto volar me convino  
que de vista me perdiese;  
y con todo, en este trance,  
en el vuelo quedé falto;  
mas el amor fue tan alto,  
que le di a la caza alcance.

Cuanto más alto subía,  
deslumbróseme la vista,  
y la más fuerte conquista  
en oscuro se hacía;  
mas por ser de amor el lance  
di un ciego y oscuro salto,  
y fui tan alto, tan alto,  
que le di a la caza alcance.

Cuanto más alto llegaba  
de este lance tan subido,  
tanto más bajo y rendido  
y abatido me hallaba.  
Dije: "No habrá quien alcance".  
Y abatíme tanto, tanto,  
que fui tan alto, tan alto,  
que le di a la caza alcance.

Por una extraña manera  
mil vuelos pasé de un vuelo,  
porque esperanza de cielo  
tanto alcanza cuanto espera;  
esperé solo este lance,  
y en esperar no fui falto,  
pues fui tan alto, tan alto,  
que le di a la caza alcance.

#### 4. **AMARRADO AL DURO BANCO (fragmento)**

Luis de Góngora y Argote (1561-1627)

Amarrado al duro banco  
de una galera turquesca,  
ambas manos en el remo  
y ambos ojos en la tierra,

un forzado de Dragut  
en la playa de Marbella,  
se quejaba al ronco son  
del remo y de la cadena:

«¡Oh sagrado mar de España,  
famosa playa serena,  
teatro donde se han hecho  
cien mil navales tragedias!,

pues eres tú el mismo mar  
que con tus crecientes besas  
las murallas de mi patria,  
coronadas y soberbias,

tráeme nuevas de mi esposa,  
y dime si han sido ciertas  
las lágrimas y suspiros  
que me dice por sus letras;

porque si es verdad que llora  
mi cautiverio en tu arena,  
bien puedes al mar del Sur  
vencer en lucientes perlas.

Dame ya, sagrado mar,  
a mis demandas respuesta,  
que bien puedes, si es verdad,  
que las aguas tienen lengua;

pero, pues no me respondes,  
sin duda alguna que es muerta,  
aunque no lo debe ser,  
pues que vivo yo en su ausencia.

¡Pues he vivido diez años  
sin libertad y sin ella,  
siempre al remo condenado,  
a nadie matarán pena!».

En esto se descubrieron  
de la Religión seis velas,  
y el cómitre mandó usar  
al forzado de su fuerza.



## 5. PURA, ENCENDIDA ROSA

Francisco de Rioja (1583-1659)

Pura, encendida rosa,  
émula de la llama  
que sale con el día,  
¿cómo naces tan llena de alegría  
si sabes que la edad que te da el cielo  
es apenas un breve y veloz vuelo?,  
y no valdrán las puntas de tu rama,  
ni tu púrpura hermosa  
a detener un punto  
la ejecución del hado presurosa.

El mismo cerco alado,  
que estoy viendo riente,  
ya temo amortiguado,  
presto despojo de la llama ardiente.  
Para las hojas de tu crespo seno  
te dio Amor de sus alas blandas plumas,  
y oro en su cabello dio a tu frente.

¡Oh fiel imagen suya peregrina!  
Bañóte en su color sangre divina  
de la deidad que dieron las espumas;  
¿y esto, purpúrea flor, y esto no pudo  
hacer menos violento el rayo agudo?

Róbate en una hora,  
róbate silencioso su ardimiento  
el color y el aliento;  
tiendes aún no las alas abrasadas  
y ya vuelan al suelo desmayadas.

Tan cerca, tan unida  
está al morir tu vida,  
que dudo si en sus lágrimas la Aurora  
mustia, tu nacimiento o muerte llora.

## 6. ODA V DE LA PRIMAVERA

Juan Meléndez Valdés (1754-1817)

La blanda primavera  
derramando aparece  
sus tesoros y galas  
por prados y vergeles.

Despejado ya el cielo  
de nubes inclementes,  
con luz cándida y pura  
ríe a la tierra alegre.

El alba de azucenas  
y de rosa las sienas  
se presenta ceñidas,  
sin que el cierzo las hiele.

De esplendores más rico  
descuella por oriente  
en triunfo el sol y a darle  
la vida al mundo vuelve.

Medrosos de sus rayos  
los vientos enmudecen,  
y el vago cefirillo  
bullendo les sucede,

el céfiro, de aromas  
empapado, que mueven  
en la nariz y el seno  
mil llamas y deleites.

Con su aliento en la sierra  
derretidas las nieves,  
en sonoros arroyos  
salpicando descenden.

De hoja el árbol se viste,  
las laderas de verde,  
y en las vegas de flores  
ves un rico tapete.

Revolantes las aves  
por el aura enloquecen,  
regalando el oído  
con sus dulces motetes;

y en los tiros sabrosos  
con que el Ciego las hiere  
suspirando delicias,  
por el bosque se pierden,

mientras que en la pradera  
dóciles a sus leyes  
pastores y zagalas  
festivas danzas tejen

y los tiernos cantares  
y requiebros ardientes  
y miradas y juegos  
más y más los encienden.

Y nosotros, amigos,  
cuando todos los seres  
de tan rígido invierno  
desquitarse parecen,

¿en silencio y en ocio  
dejaremos perderse  
estos días que el tiempo  
liberal nos concede?

Una vez que en sus alas  
el fugaz se los lleve,  
¿podrá nadie arrancarlos  
de la nada en que mueren?

Un instante, una sombra  
que al mirar desaparece,  
nuestra mísera vida  
para el júbilo tiene.

Ea, pues, a las copas,  
y en un grato banquete  
celebremos la vuelta  
del abril floreciente.

## 7. LA PESCA EN EL MAR

Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873)

¡Mirad!, ya la tarde fenece...  
La noche en el cielo  
despliega su velo  
propicio al amor.

La playa desierta parece;  
las olas serenas  
salpican apenas  
su dique de arenas,  
con blando rumor.

Del líquido seno la luna  
su pálida frente  
allá en occidente  
comienza a elevar.

No hay nube que vele importuna  
sus tibios reflejos,  
que miro de lejos  
mecerse en espejos  
del trémulo mar.

¡Corramos!... ¡Quién llega primero!  
Ya miro la lancha...  
Mi pecho se ensancha,  
se alegra mi faz.

¡Ya escucho la voz del nauclero,  
que el lino despliega  
y al soplo lo entrega  
del aura que juega,  
girando fugaz!

¡Partamos! La plácida hora  
llegó de la pesca,  
y al alma refresca  
la bruma del mar.

¡Partamos, que arrecia sonora  
la voz indecisa  
del agua, y la brisa  
comienza de prisa  
la flámula a hinchar!

¡Pronto, remero!  
¡Bate la espuma!  
¡Rompe la bruma!  
¡Parte veloz!

¡Vuele la barca!  
¡Dobla la fuerza!  
¡Canta, y es fuerza  
brazos y voz!

Un himno alcemos  
jamás oído,  
del remo al ruido,  
del viento al son.

Y vuele en alas  
del libre ambiente  
la voz ardiente  
del corazón.

Yo a un marino le debo la vida,  
y por patria le debo al azar  
una perla -en un golfo nacida-  
al bramar  
sin cesar  
de la mar.

Me enajena al lucir de la luna  
con mi bien estas olas surcar,  
y no encuentro delicia ninguna  
como amar  
y cantar  
en el mar.

Los suspiros de amor anhelantes  
¿quién, ¡oh, amigos!, querrá sofocar,  
si es tan grato a los pechos amantes  
a la par  
suspirar  
en el mar?

¿No sentís que se encumbra la mente  
esa bóveda inmensa al mirar?  
Hay un goce profundo y ardiente  
en pensar  
y admirar  
en el mar.

Ni un recuerdo del mundo aquí llegue  
nuestra paz deliciosa a turbar;  
libre el alma al deleite se entregue  
de olvidar  
y gozar  
en el mar.

¡Prestos todos!... ¡Las redes se tiendan!  
¡Muy pesadas las hemos de alzar!  
¡Prestos todos, los cantos suspendan,  
y callar  
y pescar  
en el mar!

## 8. ALMA DESNUDA

Alfonsina Storni (1892-1938)

Soy un alma desnuda en estos versos,  
alma desnuda que angustiada y sola  
va dejando sus pétalos dispersos.

Alma que puede ser una amapola,  
que puede ser un lirio, una violeta,  
un peñasco, una selva y una ola.

Alma que como el viento vaga inquieta  
y ruge cuando está sobre los mares,  
y duerme dulcemente en una grieta.

Alma que adora sobre sus altares,  
dioses que no se bajan a cegarla;  
alma que no conoce valladares.

Alma que fuera fácil dominarla  
con sólo un corazón que se partiera  
para en su sangre cálida regarla.

Alma que cuando está en la primavera  
dice al invierno que demora: vuelve,  
caiga tu nieve sobre la pradera.

Alma que cuando nieva se disuelve  
en tristezas, clamando por las rosas  
con que la primavera nos envuelve.

Alma que a ratos suelta mariposas  
a campo abierto, sin fijar distancia,  
y les dice libad sobre las cosas.

Alma que ha de morir de una fragancia,  
de un suspiro, de un verso en que se ruega,  
sin perder, a poderlo, su elegancia.

Alma que nada sabe y todo niega  
y negando lo bueno el bien propicia  
porque es negando como más se entrega,

Alma que suele haber como delicia  
palpar las almas, despreciar la huella,  
y sentir en la mano una caricia.

## 9. DOLOR

Dámaso Alonso (1898-1990)

Hacia la madrugada  
me despertó de un sueño dulce  
un súbito dolor,  
un estilete  
en el tercer espacio intercostal derecho.

Fino, fino,  
iba creciendo y en largos arcos se irradiaba.  
Proyectaba raíces, que, invasoras,  
se hincaban en la carne,  
desviaban, crujiendo, los tendones,  
perforaban, sin astillar, los obstinados huesos, durísimos  
y de él surgía todo un cielo de ramas  
oscilantes y aéreas,  
como un sauce juvenil bajo el viento,  
ahora iluminado, ahora torvo,  
según los galgos-nubes galopan sobre el campo  
en la mañana primaveral.

Sí, sí, todo mi cuerpo era como un sauce abrioleño,  
como un sutil dibujo,  
como un sauce temblón, todo delgada tracería,  
largas ramas eléctricas,  
que entrechocaban con descargas breves,  
entrelazándose, disgregándose,  
para fundirse en nódulos o abrirse  
en abanico.

¡Ay!

Yo, acurrucado junto a mi dolor,  
era igual que un niño de seis años  
que contemplara absorto  
a su hermano menor, recién nacido,  
y de pronto le viera  
crecer, crecer, crecer,  
hacerse adulto, crecer  
y convertirse en un gigante,  
crecer, pujar, y ser ya cual los montes,  
pujar, pujar, y ser como la vía láctea,  
pero de fuego,  
crecer aún, aún,  
ay, crecer siempre.  
Y yo era un niño de seis años  
acurrucado en sombra junto a un gigante cósmico.

Y fue como un incendio,  
como si mis huesos ardieran,  
como si la médula de mis huesos chorreara fundida,  
como si mi conciencia se estuviera abrasando,

y abrasándose, aniquilándose,  
aun incesantemente  
se repusiera su materia combustible.

Fuera, había formas no ardientes,  
lentas y sigilosas,  
frías:  
minutos, siglos, eras:  
el tiempo.  
Nada más: el tiempo frío, y junto a él un incendio  
universal, inextinguible.

Y rodaba, rodaba el frío tiempo, el impiadoso tiempo sin cesar,  
mientras ardía con virutas de llamas,  
con largas serpientes de azufre,  
con terribles silbidos y crujidos,  
siempre,  
mi gran hoguera.  
Ah, mi conciencia ardía en frenesí,  
ardía en la noche,  
soltando un río líquido y metálico  
de fuego,  
como los altos hornos  
que no se apagan nunca,  
nacidos para arder, para arder siempre.

## 10. FILOSOFÍA

Juan Morales Rojas (1918-1991)

Me gustan los que pasan por la vida  
con paso lento y con mirar tranquilo;  
que nada esperan pues lo tienen todo  
porque son hombres dueños de sí mismos.

Miran de frente al sol de cada día  
saben que, fatalmente, está previsto  
el final de las horas que recorren;  
dónde empieza y termina su camino.

Me gusta el que aprendió filosofía  
en el disfrute de un vivir pacífico,  
sin saltar en la frontera en que terminan  
las posibilidades de uno mismo.

Los que llevan la rúbrica encendida  
del rayo de un vivir sin enemigos,  
ambiciones, las justas; las precisas  
para que en él se cumpla su Destino.

Ilusiones, las propias del que sabe  
que el tiempo del perfume siempre es mínimo.  
La pena compensar con la alegría  
y buscar la alegría en lo sencillo;

en un amor tranquilo y hogareño  
entre la clara risa de los hijos.  
Tan profundo y tan sabio será el hombre,  
que sepa ponderar con equilibrio.

Un vivir que le puede dar placeres  
y a la vez exigirle sacrificios  
sin romper la armonía cotidiana;  
sin alterarle su vivir tranquilo.

La envidia debe ser un sentimiento  
por bajo y por ruin, desconocido.  
No le va bien a la salud del alma  
ni sufrir puede el cuerpo su castigo.

De todos los pecados capitales  
el orgullo es, sin duda, el más ridículo;

¿Quién puede señalar las calaveras  
mohosas de los pobres y los ricos?

¿Y atesorar riquezas que no puedes  
hombre de Dios, después llevar contigo?  
Cuando te vayas, déjale a tus hijos  
todo lo que es riqueza de espíritu:

Ciencia, Trabajo y Fe, noble Cultura,  
tu honroso ejemplo, tu recuerdo...y libros.  
No colecciones los amores fáciles,  
pobre coleccionista de los vicios

¿No ves que desperdicias simiente  
entre estériles piedras del camino?  
No ignores el sabor grato y humilde  
pero sabroso de ese pan y vino

Que tú desprecias porque con manjares  
constantemente adulas tu apetito.  
Me gustan los que pasan por la Vida  
disfrutando de arpegios y de trinos,

del cantar de la lluvia sobre el campo  
donde se mecen los dorados trigos,  
donde florecen rojas amapolas,  
donde la tierna brisa es un suspiro.  
Me gustan los que pasan por la Vida  
con paso lento y caminar tranquilo...